

Seudónimo: Rincón de lobos

### *Los bototos del “pairino”*

Don Augusto, don Justo lo llamaban, vivía con su esposa y sus siete hijos en una parcela al poniente de Linares. El campito —herencia que su mujer había recibido a la muerte de su padre— era realmente hermoso, adornado por un pequeño estero que escurría entre hileras de sauces a pocos metros de la casa. Esta, aunque antigua, se mantenía en buen estado. A un costado de los corredores que la rodeaban, estaba la confortable cocina, una gran habitación con fogón, piso de ladrillos artesanales, una mesa y algunas sillas. Era también utilizada como comedor de diario.

El dueño de casa era un señor no muy alto, pero fornido, algo gordito, ojos claros y cabellos difíciles de definir, puesto que le quedaban muy pocos sobre las sienes. Aparentaba ser un hombre afable, le gustaba leer cualquier cosa que cayera en sus manos. Conversador prudente, hablaba en una voz poco más alta que un susurro, cauteloso, como sopesando sus palabras para decir solo lo sensato y en el momento preciso. Imposible escucharlo hablar atropelladamente.

Pero su tino y afabilidad llegaban solo hasta cuando viajaba a la ciudad y se le ocurría meterse unas copas entre pera y bigote. Al regreso, ya no era el mismo. Cuando le faltaba un par de cientos de metros para llegar a su casa, ya se escuchaban los gritos que lanzaba al aire: —¡Aquí vengo yo, miéchica!, y... ni el moño se me menea, ¡huija miéchica! —y su mujer empezaba a temblar de temor. Igual cosa ocurría con sus hijos, pero ellos, en cuanto se hicieron mayores, emigraron para estar lejos de aquel

**Seudónimo: Rincón de lobos**

energúmeno. Es que, en esas circunstancias, don Justo se convertía en un hombre maltratador, taimado, terco, que vociferaba en vez de hablar. Se transformaba en un macho parado en dos patas: rosquero, prepotente, ¡intra-ta-ble!

Se metía a la cocina, se sentaba al lado de un gran brasero en el otro extremo de donde estaba su mujer cocinando en el fogón, y no perdía oportunidad de tirarle palabrotas o indirectas, intermitentemente, ya que de pronto dormitaba un par de minutos, despertaba y otra vez, palabrazos para ella o... para quienes tuvieran la mala ocurrencia de estar cerca.

—¿Qué estás haciendo? ¡Laureana! ¿No te dije que quería comer cazuela de gallina hoy día?... ¿Cuántas veces hay que repetir las cosas en esta casa?... ¿Ahh?

—¡Al tiro, Justo! —le contestaba y corría a estirarle el cogote a un plumífero para prepararle lo que el marido decía, aunque lo más seguro era que ni siquiera la probara, o lanzara el plato lejos.

Cierto día, la menor de sus hijas —tal vez de unos diez años—estaba cocinando pan en el hornillo, don Justo se adormeció por unos instantes, despertó y como vio a la chica que estaba con la función del pan, gritó:

—¿Y hasta cuando mierda cocis pan vos? Ya, ¡tráeme uno caliente!

—Pero papá, si recién estoy poniéndolo en el horno.

—¡Ya!, parece que agarraste la costumbre de contestar y alegar por todo.

¡Cuidadito!, ¿me oíste? ¡No sé qué cresta pasa en esta casa que nadie tiene respeto por el padre!

**Seudónimo: Rincón de lobos**

Así era este don Justo con unas copas en el gaznate.

Un día, que había llegado buscando rosca y más molesto que lo usual, estaba en la cocina sentado frente al ardiente brasero, como acostumbraba, dando algunos cabeceos, cuando llegó Juan, su ahijado, quien, de regreso de su trabajo en la ciudad, había pasado a saludar a su padrino.

—¡Mire lo que le traje, *pairino*! —le dijo, al momento que le entregaba una caja con un par de bototos nuevos.

—¡Gracias, Juancho, por acordarte de los viejos!, porque, lo que es por aquí, ¡nadie se da cuenta que tienen un padre! ¡y menos un marido, pues!

—agregó, alzando la voz.

—¡Pruébeselos poh, *pairino*, pa' ver como anduvo el ojo! —dijo el muchacho.

Don Justo se calzó uno y aparentemente le quedó bien, puesto que se probó también el otro y se los dejó puestos con los cordones bien apretados.

—Y, ¿cómo los siente, *pairino*?

—Bien, Juancho, bien. ¡Gracias!

—¡Es que yo me gasto un ojito! Y se le ven recontra bien.

—Así no'más es, pos chiquillo.

—¡Pero, chitas que se le ven bonitos los bototos, *pairino*!, ¿no's cierto? ¡Es que son de buena marca, poh! —recalcó.

—Humm.

—¡Y re firmes pos' *pairino*!

**Seudónimo: Rincón de lobos**

—Humm!, ejm, ejm —carraspeó don Justo, dando muestras de cierta inquietud.

—¿Había visto usted de estos bototitos, *pairino*? Va a ver lo aguantadores que son... por eso... ¡baratos no son nah!, poh.

—¡Jjjjuummm! —bufó don Justo conteniéndose a duras penas.

Pero el Juancho... no cejaba.

—¿Cuándo se había visto usted con unos bototos como estos, *pairino*?

—¡Pero hasta cuándo cresta seguís con la misma cantinela, tonto baboso!, explotó don Justo. ¡Qué los bototos y los bototitos! ¿Qué voh creís que nunca he tenido? ¡¡Mira lo que hago con tus porquerías de bototos, saco ‘e wéas!! —Y diciendo eso, puso los dos pies encima del brasero, ante la incredulidad de su ahijado, que había enmudecido.

Naturalmente que a los pocos minutos la goma de los zapatos se empezó a calentar y a derretir, por lo que el calor empezó a llegarle a los pies. De pronto, como impelido por una catapulta, don Justo se puso de pie. Empezó a patear en el suelo y luego a saltar con los dos pies, echando maldiciones. Trató rápidamente de desatarlos, pero no lo logró. Agarró el cuchillo cocinero, cortó los cordones, se sacó los humeantes bototos y con los calcetines aun puestos metió los pies en un tiesto con agua, que estaba en el exterior para que bebieran los pollos.

Luego de pegarle una patada a uno de los perros —que tuvo la mala ocurrencia de atravesarse en su camino— entró de nuevo a la cocina, agarró los bototos, sacó la parrilla y los colocó medio a medio del fogón.

**Seudónimo: Rincón de lobos**

Ahí los dejó mientras atizaba el fuego, hasta que de estos no quedó más que el desagradable olor a goma quemada.

—¡Toma! ¡Ahí quedaron tus cochinas! ¡Re´ buenos los bototos, decía el pelotudo! ¿Qué cuándo me había visto con bototos? ¡Claro que me he visto con bototos!, ¡y buenos, no como esas mugres! ¡Y ya, te mandaste cambiar de aquí, mierda!

¡Bototos! ¿¡Qué se habrá imaginado este picante!? ¿Qué no tengo pa' comprarme?

Por el callejón se fue Juancho, con el mismo aspecto de un perro apaleado...

Se detuvo un momento —miró nerviosamente hacia atrás— y vio a don Justo sobándose los pies, bufando y maldiciendo al que se le cruzara por delante.

—¡Puchas!... pensó, con una sagacidad a toda prueba, ¿jué idea mía o... no le gustaron ná los bototos al *pairino*?

\* \* \*